

todos los hombres indicados, así como á los individuos de los Consejos que votaban con el Directorio, es decir, casi todo el último tercio convencional.

Todos los individuos del cuerpo legislativo que se titulaban constitucionales hubieran debido agregarse también al nuevo círculo, pues su opinión era la misma; pero indispuestos por amor propio con el Directorio á causa de sus discusiones en el cuerpo legislativo, persistían en permanecer separados entre el círculo constitucional y Clichy, en compañía de los directores Carnot y Barthelemy y de los diputados Tronçon-Ducoudrauy, Portalis, Lacuée, Dumás, Doucet-Pontecoulant, Simeón y Thibaudeau. Benjamín Constant habló varias veces en el círculo constitucional, y oyóse también á Mr. de Talleyrand; el ejemplo fué imitado, y formáronse en todas partes círculos del mismo género, aunque compuestos, á decir verdad, de hombres menos elevados y patriotas menos prudentes. El círculo constitucional se había abierto el 1.º mesidor del año v, un mes después del 1.º pradiar, y en muy poco tiempo hubo otros semejantes en toda Francia; los patriotas más exaltados se reunieron, y por una reacción muy natural se vió casi reorganizado el partido jacobino.

Pero este era un medio gastado y poco útil, pues los clubs estaban desacreditados en Francia, y la Constitución les privaba de los medios de volver á ser eficaces. El Directorio tenía felizmente otro apoyo, que era el de los ejércitos, en los cuales se habían refugiado al parecer los principios republicanos, desde que las penalidades de la revolución habían producido en el interior una reacción tan violenta y general. Todo ejército es afecto al gobierno que le organiza, le mantiene y le recompensa; pero los soldados republicanos veían en el Directorio, no solamente los jefes del gobierno, sino los de una causa por la cual se habían levantado en masa en 93 y por la cual combatieron y vencieron durante seis años. En ninguna parte era tan grande el afecto á la revolución como en el ejército de Italia, formado con aquellos revolucionarios del Mediodía, tan impetuosos en sus opiniones como en su denuedo. Generales, oficiales y soldados, colmados de honores, repletos de dinero y hartos de placeres, habían concebido por sus victorias un orgullo extraordinario; sabían lo que pasaba en el interior por los diarios que se les hacía leer, y sólo hablaban de repasar los Alpes para ir á París á acuchillar á los aristócratas.

El reposo de que disfrutaban desde que se firmaron los preliminares contribuía á aumentar su efervescencia por la ociosidad: Massena, Joubert y Augereau, sobre todo, les daban el ejemplo del más ardiente republicanismo. Las tropas procedentes del Rhin, sin ser menos republicanas, mostrábanse, sin embargo, más frías; tenían más mesura y habían contraído á las órdenes de Moreau más templanza y disciplina. Bernadotte era quien las mandaba; hacía gala de una esmerada educación y procuraba distinguirse de sus colegas por sus modales más corteses. En su división se hacía uso de la palabra *caballero*, mientras que en todo el antiguo ejército de Italia no se aceptaba sino el título de *ciudadano*. Los soldados de Italia, libertinos, insolentes y pendenciosos como meridionales é hijos mimados de la victoria, rivalizaban ya en bravura con los soldados del Rhin, y ahora comenzaban á diferir, no por opinión,

sino por usos y costumbres. No querían el calificativo de *caballero*, y sólo por este motivo andaban con frecuencia á sablazos con sus camaradas del Rhin. La división Augereau, sobre todo, que se distinguía, como su general, por su exaltación revolucionaria, era la más agitada; y necesitábase una enérgica proclama de su jefe para contenerla y poner término á los duelos. El calificativo de *ciudadano* fué el único permitido.

El general Bonaparte veía con satisfacción el espíritu del ejército y le favorecía. Todos sus primeros triunfos habían sido contra la facción realista, así delante de Tolón, como en el 13 vendimiario, y por lo tanto, estaba indisuelto con ella desde un principio, tanto más, cuanto que mostró empeño en rebajar sus triunfos, por lo mismo que su brillo se comunicaba á la revolución. Sus últimos ataques, sobre todo, hicieron llegar á su colmo la cólera del general, que no podía contenerse al leer la proposición de Dumolard, y al saber que la Tesorería había interceptado el millón enviado á Tolón. Además de estas razones particulares para aborrecer á la facción realista, había otra más general y profunda, que estaba en su gloria y en la grandeza de su misión. ¿Qué podía hacer un rey en su favor? Por mucha que fuese la altura á que le elevara, este rey hubiera sido siempre superior á él, al paso que con la república, por el contrario, ninguna cabeza dominaba la suya. Aunque no soñase aún en su inaudito destino, preveía por lo menos en la república una osadía é inmensidad de empresas que convenían á la audacia y á la grandiosidad de su genio; mientras que con un rey, Francia habría vuelto á una existencia obscura y limitada. Hiciera lo que hiciese con aquella república, bien la oprimiese ó la sirviera, Bonaparte no podía ser grande sino con ella y por ella, y debía amarla tanto como á su propio porvenir. Compréndese que un Pichegrú se dejara seducir por la idea de tener un castillo, un título y algunos millones; la ardiente imaginación del conquistador de Italia soñaba con otra perspectiva; necesitaba un mundo nuevo, revolucionado por sus manos.

Escribió, pues, al Directorio para manifestarle que estaba dispuesto á volar con su ejército en su auxilio, á fin de aniquilar á los contrarrevolucionarios. No temió dar consejos, y aconsejó enérgicamente al Directorio sacrificar algunos traidores y romper algunas prensas.

En el ejército del Rhin estaban más tranquilos los ánimos: contábanse algunos malos oficiales, introducidos en las filas por Pichegrú; pero la mayoría del ejército era republicana, aunque tranquila y disciplinada, pobre, y no tan orgullosa con sus triunfos como el de Italia. Los ejércitos son siempre una imagen del general; su espíritu se transmite á los oficiales, y éstos le comunican á sus soldados. El ejército del Rhin estaba modelado por Moreau, quien lisonjeado por la facción realista, la cual encomiaba su sabia retirada más que las maravillosas hazañas de Italia, odiábala menos que Bonaparte. Además era indolente, apagado y tibio, y tenía por la política una pasión igual á su capacidad, por lo cual caminaba reacio, y no quería pronunciarse; sin embargo, era republicano, y no traidor, como se ha dicho. Tenía entonces la prueba de la traición de Pichegrú, y hubiera podido hacer un gran servicio á su gobierno. Ya hemos dicho que había cogido un furgón del general Klinglin, que contenía infinitos papeles, los

cuales comprendían toda la correspondencia en cifra de Pichegrú con Wickam, el príncipe de Condé y otros; de suerte que podía suministrar la pueba de la traición y facilitar los procedimientos judiciales. Pero Pichegrú había sido su general en jefe y su amigo, y no quería venderle, por lo cual se contentó con mandar descifrar aquella correspondencia, sin declararlo al gobierno, en la cual se probaba también la fidelidad del mismo Moreau á la república. Pichegrú, después de haber presentado su dimisión, no tenía más que un medio para conservar su importancia; el de decir que Moreau estaba á sus órdenes, y que descansando en él por la dirección del ejército, iba á intrigar en el interior. Pues bien; Pichegrú no cesó de decir que no se valieran de Moreau (1), porque no oiría proposición alguna. Moreau era, pues, indolente, pero fiel; y su ejército uno de los más valientes y mejores que tuvo nunca la república.

Muy distinto era en todo el ejército del Sambre y Mosa: en él se hallaban, como hemos dicho, el ejército de Fleurus, del Ourthe y del Roer, ejército valiente y republicano, como su antiguo general. Su denuedo se había aumentado más desde que pasando á mandar el joven Hoche, le comunicó todo el fuego de su alma. Este joven, que en una campaña había ascendido de sargento de las guardias francesas á general en jefe, amaba á la república como á su bienhechora y madre. Su imaginación no se había resfriado en los calabozos del comité de salvación pública, y después en la Vendée adquirió más ímpetu luchando con los realistas. En vendimiario estaba ya preparado para acudir en socorro de la Convención, y había puesto en movimiento veinte mil hombres, cuando el valor de Bonaparte en la jornada del 13 le dispensó de continuar su marcha. Teniendo en sus principios políticos una razón para mezclarse en los negocios que no tenía Moreau, y sin envidiar á Bonaparte, pues sólo vivía impaciente para adelantarse en su gloriosa carrera, era un sincero amante de la república, y estaba pronto á servirla de todas suertes, en los campos de batalla ó en medio de las borrascas políticas. Ya hemos tenido ocasión de decir que á una suma prudencia reunía un ardor é impaciencia de carácter extraordinarios. Dispuesto á correr la suerte de los acontecimientos, ofreció su espada y su vida al Directorio. He aquí cómo no faltaba fuerza material al gobierno; pero era necesario emplearla con prudencia, y sobre todo con oportunidad.

De todos los generales, el que más convenía sin duda al Directorio era Hoche. Si la gloria y el carácter de Bonaparte podían inspirar algún recelo, no sucedía así con Hoche. Sus victorias de Wisemburgo en 1793, su gloriosa pacificación de la Vendée y su reciente victoria de Neuwied le daban una honrosa y variada nombradía, en que la estimación política era tan grande como el mérito de valeroso; pero en esta gloria no se ofrecía zozobra alguna para la libertad. De tener que intervenir un general en las disensiones del Estado, mejor era valerse de él que del gigante que dominaba en Italia. Él era el general querido de los republicanos, el hombre en quien fijaban sus esperanzas sin temor alguno. Por otra parte, su ejército era el más cercano á París; y en

(1) Si Mr. de Montgaillard hubiese leído la correspondencia de Klinglin, no hubiera afirmado, sólo por una palabra del rey Luis XVIII, que Moreau era traidor á Francia desde 1797.

caso de necesidad podían hallarse veinte mil hombres con muy pocas jornadas en la capital, y apoyar con su presencia el vigoroso golpe con que amagaba el Directorio.

Los tres directores, Barras, Rewbell y Larevelliere, pensaron en Hoche; sin embargo, Barras, que era muy activo, hábil en intrigas, y que en aquella crisis quería apropiarse el honor de la ejecución, escribió, sin que lo supiesen sus colegas, á Hoche, con quien estaba en relaciones, y le rogó que interviniese en los acontecimientos que se preparaban. Hoche no tenía un momento: ofrecíase la mejor ocasión para dirigir tropas contra París, y se hallaba á la sazón trabajando con el mayor ahínco en preparar su nueva expedición á Irlanda, habiendo pasado á Holanda para inspeccionar los preparativos que se hacían en el Texel.

Había resuelto sacar veinte mil hombres del ejército del Sambre y Mosa y encaminarlos hacia Brest, y era fácil en su paso por el interior detenerlos en París y emplearlos en servicio del Directorio, ofreciendo aún más: se necesitaba dinero, tanto para la división expedicionaria como para la intentada empresa, y él se lo procuró por un medio muy audaz. Hemos visto que las provincias entre el Mosa y el Rhin no tenían más que una existencia dudosa hasta la paz con el Imperio, pues no habían sido divididas como Bélgica en departamentos y reunidas á Francia, sino que estaban administradas militarmente y con la mayor prudencia por Hoche, que quería republicanizarlas, y en el caso de no poder conseguir su reunión terminante á Francia, constituir las en república Cis-Rhenana, que quedaría enlazada con la república como una hija con su madre. Había establecido en Bonn una comisión encargada de la administración del país y de recaudar las contribuciones impuestas en ambos laos del Rhin. La caja de esta administración tenía dos millones y algunos centenares de miles de francos, y Hoche prohibió entregarlos al pagador del ejército, porque irían á parar á la Tesorería, y acaso se gastarían en cosas que no tuviesen que ver con el ejército.

Mandó pagar el prest á la columna que iba á poner en movimiento, y reservar cerca de dos millones, ó para ofrecerlos al Directorio, ó para gastarlos en la expedición á Irlanda. Sólo por celo político cometía esta infracción de las leyes de hacienda: porque este joven general, que había podido enriquecerse más que otro ninguno, era muy pobre. Al proceder así Hoche creía ejecutar las órdenes no sólo de Barras, sino de Larevelliere-Lepeaux y de Rewbell.

Dos meses habían transcurrido desde el 1.º pradiar, es decir, desde la inauguración de la nueva legislatura, y expiraba mesidor (mediados de julio). No habían dejado de sucederse las proposiciones acordadas en Clichy y presentadas á los Quinientos, preparándose una nueva, á la cual daba mucha importancia el grupo realista. Aún no se había decretado la organización de los guardias nacionales, pues sólo se había consignado el principio en la Constitución. Los clichinos querían proporcionarse una fuerza para oponerla á los ejércitos y poner sobre las armas á aquella juventud que se había sublevado en vendimiario contra la Convención. Acababa de nombrar una comisión en los Quinientos para presentar un proyecto de organización y de la cual sería



Pichegrú presidente é informante. Además de esta importante medida, la comisión de hacienda había reanudado los trabajos de revisión de las proposiciones desechadas por los Ancianos, y trataba de presentarlas de otro modo para que se adoptasen bajo una nueva forma. Estas proposiciones de los Quinientos, aunque muy temibles, arredraban menos á los tres directores coligados que la conspiración á cuya cabeza veían un general célebre, y á la que suponían ramificaciones muy extensas en los Consejos. Decididos á obrar, querían introducir por lo pronto en el ministerio ciertos cambios que creían necesarios para dar más homogeneidad á la administración del Estado é imprimir al gobierno una marcha firme y resuelta.

El ministro de policía Cochón, aunque no estaba en muy buen lugar con los realistas desde la persecución de los tres agentes del pretendiente y las circulares relativas á las elecciones, no era por eso menos afecto á Carnot. Atendidos los proyectos que ideaba, el Directorio no podía dejar la policía en manos de Cochón. El ministro de la Guerra Petiet tenía gran concepto entre los realistas; era hechura de Carnot, y se debía excluirle también para que entre los ejércitos y la mayoría directorial no hubiera un intermediario enemigo. El ministro del Interior Benezech, excelente hacendista y cortesano dócil, no era de temer por ningún partido; pero sospechábase de él á causa de sus propensiones conocidas y de la indulgencia con que le trataban los diarios realistas, y también se quiso cambiarle, aunque sólo fuese para tener un hombre más seguro. Truguet, ministro de Marina, y Carlos Delacroix, de Estado, inspiraban entera confianza, pero por razones del mejor servicio, los directores desearon su cambio. Truguet era el blanco de todos los ataques de la facción realista, y merecía una parte de ellos por su carácter altivo y violento: era un hombre leal y de grandes medios, mas no tenía con las personas las consideraciones que son necesarias cuando se está á la cabeza de un gran gobierno.

Por otra parte, se podía emplearle con ventaja en la carrera diplomática; y él mismo deseaba ir á reemplazar en España al general Perignón, para inducir á esta potencia á cooperar en sus grandes designios sobre las Indias. En cuanto á Delacroix, ha probado después que podía administrar bien un departamento, mas no tenía ni la dignidad ni la instrucción necesarias para representar á la república cerca de las potencias de Europa. Además de esto, los directores tenían vivos deseos de ver figurar en Estado á otro personaje, que era Mr. de Talleyrand. El espíritu entusiasta de madama de Stael se había exaltado por el talento frío, satírico y profundo de Mr. de Talleyrand; hábale puesto en comunicación con Benjamín Constant, y éste recibió el encargo de relacionarle con Barras. Mr. de Talleyrand supo cautivarle, como lo hubiera hecho con otros más sagaces; después de hacerse presentar por madama Stael á Benjamín Constant y por éste á Barras, quiso que el último le presentara á su vez á Larevelliere, y supo ganar al hombre honrado, como ganó antes al de mala fe. A todos pareció un hombre digno de compasión, tan odioso para los emigrados como partidario de la revolución, desconocido de los patriotas por su calidad de gran señor y víctima á la vez de sus opiniones y de su nacimiento. Convínose, pues, en nombrarle ministro de Estado; la

vanidad de los directores se lisonjeó por tener junto á sí tan gran personaje, y además estaban seguros de que confiaban los asuntos extranjeros á un hombre instruído, hábil, y personalmente relacionado con todos los diplomáticos de Europa.

Quedaban sólo Ramel, ministro de Hacienda, y Merlin de Douai, de Justicia, más odiosos á los realistas que todos los demás juntos, pero que desempeñaban con tanto celo como aptitud los deberes del ministerio. Los tres directores no querían reemplazarlos de ningún modo; y así es que de los siete ministros debían cambiar á Cochón, Petiet y Benezech por causa de sus opiniones, y á Truguet y Delacroix por interés del servicio, quedándose sólo con Merlin y Ramel.

En todo Estado cuyas instituciones son representativas, monárquicas ó republicanas, por la elección de los ministros se declara el espíritu y marcha del gobierno, y por esta misma elección se agitan los partidos y quieren influir en ella, tanto en interés de sus opiniones como de su ambición. Pero si en los partidos hay uno que desea más que una simple modificación en la marcha del gobierno y que aspira á derribar el régimen existente, éste es el que, temiendo las reconciliaciones, no se contenta con un cambio de ministerio, no interviene en él, ó si lo hace, es sólo para impedirle. Pichegrú y los clichinos, que estaban en el secreto del complot, interesábanse poco en el cambio de ministerio; habíanse acercado á Carnot para relacionarse con él; pero era más bien un pretexto con el fin de sondearle y descubrir sus secretas intenciones, que para llegar á un resultado muy insignificante á sus ojos. Carnot les había hablado y escrito francamente; y contestó á los individuos que le hicieron proposiciones declarando *que perecería antes de permitir que se infringiese la Constitución ó se deshonrasen los poderes instituidos por ella* (expresiones textuales de una de sus cartas). Así había precisado á los que trataban de sondearle á no hablar sino de proyectos constitucionales, tales como un cambio de ministerio. En cuanto á los constitucionales y á los de los clichinos menos comprometidos en la facción, querían sinceramente un cambio ministerial y no pasar de él, y éstos se agruparon alrededor de Carnot. Los individuos de los Ancianos y de los Quinientos que ya hemos citado, Portalis, Tronçon-Ducoudray, Lacuée, Dumás, Thibaudau, Doucet-Pontecoulant, Simeón, Emery y otros varios, conferenciaron con Carnot y Barthelemy, discutiendo sobre los cambios que debían hacerse en el ministerio. Los dos ministros cuya substitución pedían sobre todo eran Merlin y Ramel; y habiendo atacado particularmente el sistema financiero, tenían más animosidad contra el ministro de Hacienda que contra ningún otro. Pedían también la destitución de Truguet y de Carlos Delacroix, deseando naturalmente quedarse con Cochón, Petiet y Benezech. Los dos directores Barthelemy y Carnot no eran difíciles de persuadir, y el débil Barthelemy no tenía opinión personal: Carnot veía á todos sus amigos en los ministros que conservaban su puesto, y á todos sus enemigos en los salientes; mas el proyecto, fácil de formar en las tertulias de los constitucionales, no debía ser aceptado sin dificultad por los otros tres directores, que habiendo adoptado ya un partido, querían despedir justamente á los que los constitucionales trataban de conservar.

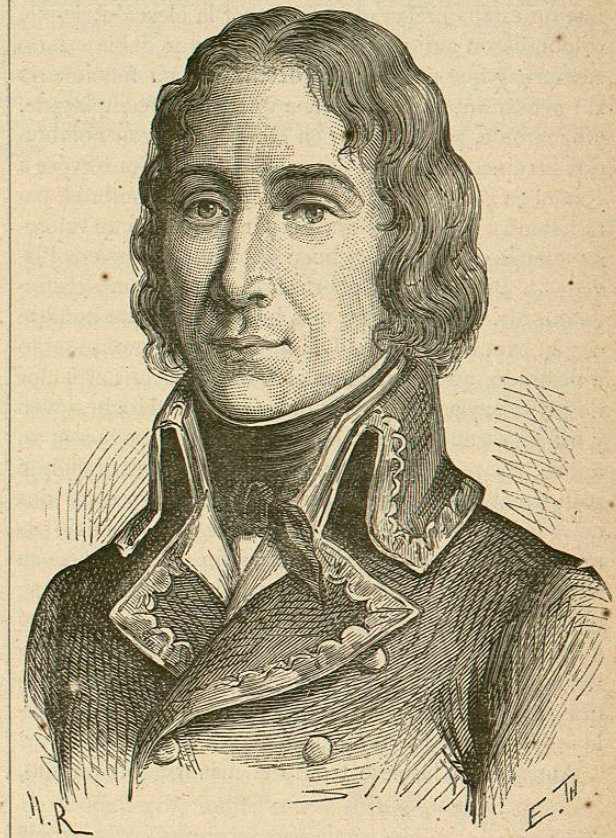
Carnot, que no conocía la unión formada entre sus tres colegas, Rewbell, Larevelliere y Barras, y que ignoraba que el segundo fuese el punto de reunión de los otros dos, esperaba que éste sería el más fácil de separar, y aconsejó por lo tanto á los constitucionales que se dirigieran á él para tratar de inclinarle á sus miras. En efecto, dirigiéronse á casa de Larevelliere; pero bajo su moderación hallaron una firmeza invencible: poco acostumbrado, como todos los hombres de aquel tiempo, á la táctica de los gobiernos representativos, Larevelliere no pensaba que se pudiera negociar para la elección de ministros. «Cumplid con vuestra misión, decía á los diputados, haced leyes, dejadnos la nuestra y la de elegir los funcionarios públicos. Debemos dirigir esta elección por nuestra conciencia y el concepto que nos merezcan los individuos, no por la exigencia de los partidos.» Aún no sabía él, ni nadie tampoco en aquella época, que un ministerio debe componerse de influencias, y que éstas han de buscarse en los partidos existentes, y que la elección de tal ó cual ministro, siendo una garantía de la dirección que se piensa seguir, puede llegar á ser objeto de negociaciones. Larevelliere tenía además otros motivos para rechazar una transacción; estaba convencido de que él y su amigo Rewbell habían anhelado y votado siempre el bien, y que la mayoría directorial, cualesquiera que fuesen las miras personales de los directores, jamás había votado de distinto modo; que en hacienda, aunque no podían evitarse todas las malversaciones de los subalternos, había obrado al menos con fidelidad y lo menos mal que era posible en aquellas circunstancias; que jamás había tenido ambición personal en política, ni hecho nada para aumentar sus prerrogativas; finalmente, que en la dirección de la guerra sólo había aspirado á una paz pronta, pero honorífica y gloriosa. Larevelliere no podía comprender, pues, ni admitir los cargos dirigidos al Directorio; eran ininteligibles para la rectitud de su conciencia; sólo veía en los clichinos conspiradores pérfidos, y en los constitucionales amor propio resentido. Ignoraba, como todo el mundo, que era preciso admitir como un hecho la irritación bien ó mal fundada de los partidos, y contar con todas las pretensiones, aun las del amor propio herido.

Por otra parte, lo que ofrecían los constitucionales no tenía nada de muy seductor. Los tres directores aliados querían proporcionarse un ministerio homogéneo para confundir á la facción realista; los constitucionales, por el contrario, pedían un ministerio enteramente opuesto al que los directores creían ser necesario en el actual riesgo, y no podían ofrecer en cambio más que sus votos, que eran pocos, y que además no les comprometían en cuestión alguna. Su alianza, pues, no ofrecía un carácter que pudiese decidir al Directorio á escucharles y desistir de sus proyectos.

Larevelliere no les dió satisfacción alguna, y aunque interpusieron como mediador al geólogo Faujas de Saint-Fond, con quien le unía la conformidad de gustos y de estudios, todo fué inútil. Su última respuesta fué la siguiente: «El día en que nos atacéis nos hallaréis preparados, y os mataremos, pero políticamente. Queréis nuestra sangre, pero la vuestra no correrá; sólo os veréis reducidos á la imposibilidad de hacer daño.»

Ante esta firmeza, se desesperó de obtener el concurso de Larevelliere, y entonces aconsejó Carnot dirigirse á

Barras, aunque dudando del éxito, porque conocía su odio. El almirante Villaret-Joyeuse, uno de los individuos más ardientes de la oposición, y que por su afición á los placeres había tratado muchas veces á Barras, fué el encargado de hablarle; y el dócil Barras, que prometía á todo el mundo, por más que sus opiniones fueran en el fondo bastante resueltas, inspiró al parecer más esperanzas que Larevelliere. De los cuatro ministros cuyo cambio pedían los constitucionales, Merlin, Ramel, Truguet y Delacroix, consintió en variar los dos últimos, pues así estaba acordado con Rewbell y Larevelliere.



Richepanse

Por lo tanto, podía comprometerse respecto á estos dos, y aseguró que serían depuestos. Sin embargo, bien porque con su facilidad acostumbrada prometiese más de lo que podía cumplir, ó ya porque quisiera engañar á Carnot y obligarle á pedir por sí el cambio de ministros, ó ya en fin porque se interpretara demasiado favorablemente su lenguaje, de ordinario ambiguo, los constitucionales fueron á anunciar á Carnot que Barras consentía en todo, y votaría con él respecto á cada uno de los ministros. Los constitucionales pedían que se hiciese inmediatamente el cambio; pero Carnot y Barthelemy, dudando de Barras, vacilaban en tomar la iniciativa. Querían que Barras la tomase, pero éste respondía que hallándose á la sazón muy furibundos los periódicos, parecería que el Directorio cedía á su violencia. Trataron de imponer silencio á los periódicos; mas entretanto Rewbell y Larevelliere, ignorantes de estas intrigas, tomaron la iniciativa. El 28 mesidor declaró Rewbell en la sesión del Directorio que era tiempo de concluir de una vez, hacer que cesasen los vaivenes del gobierno, y tratar de la mudanza de los ministros. Pidió



que desde luego se procediera al escrutinio, el cual fué secreto, quedando excluidos por unanimidad Truguet y Delacroix, á los cuales todos estaban en ánimo de reemplazar. En cuanto á Ramel y Merlin, que querían reemplazar los constitucionales, no tuvieron en contra más que los dos votos de Carnot y Barthelemy, y quedaron repuestos por los de Rewbell, Larevelliere y Barras. Cochón, Petiet y Benezech obtuvieron voto contrario de los que habían sostenido á Merlin y Ramel, quedando así efectuado el plan de reforma que adoptó la mayoría directorial. Carnot, viéndose burlado, quería diferir al menos el nombramiento de los sucesores, diciendo que no estaba preparado para hacer la elección; pero le respondieron agriamente que un director debía estarlo siempre, y que no era justo destituyese un funcionario sin pensar antes en la persona que podría reemplazarle. Obligáronle, pues, á votar en el acto, y fueron nombrados los cinco sucesores por gran mayoría. Conservóse á Ramel en Hacienda y á Merlin en Justicia; nombróse para Estado á Mr. de Talleyrand; para Marina, á un valeroso veterano marino, muy buen gobernante, que era Plevillé Le Peley; para Gobernación, á un letrado distinguido, Mr. Neufchateau, más bien orador que hombre capaz; para la Policía, á Lenoir-Laroche, hombre sabio é ilustrado, que escribía en el *Monitor* buenos artículos de política; y por último, para la Guerra á Hoche, joven y brillante general en quien se había resuelto buscar su apoyo; no tenía la edad exigida por la Constitución ó sean treinta años; pero Larevelliere propuso á sus dos colegas Rewbell y Barras nombrarle, sin perjuicio de reemplazarle dos días después, á fin de granjearse su afecto y dar un ligero testimonio á los ejércitos. Así, pues, todo el mundo concurrió á este cambio, que llegó á ser decisivo, según vamos á ver. Es bastante común ver á los partidos contribuir á un mismo acontecimiento que creen les aprovechará; concurren todos á producirle, pero el más fuerte decide el resultado en su favor. Aunque no hubiese tenido el más irritable orgullo,

Carnot debía estar indignado y creerse burlado por Barras. Los individuos del cuerpo legislativo que habían tomado parte en la negociación corrieron á su casa para obtener todos los detalles de la sesión habida en el Directorio, desencadenáronse contra Barras, tratáronle de tunante y dieron rienda suelta á su indignación. Un suceso aumentó la efervescencia, haciéndola llegar á su colmo: por consejo de Barras, Hoche había puesto en movimiento sus tropas con intención de dirigir las efectivamente á Brest, para detenerlas algunos días en los alrededores de la capital. Eligió la legión de los Francos, mandada por Hubert, la división de infantería Lemoine, la de cazadores de á caballo á las órdenes de Richepanse y un regimiento de artillería, componiendo en todo un total de catorce á quince mil hombres.

La división de los cazadores de Richepanse había llegado ya á la Ferté-Alais, á once leguas de París, y esto era una imprudencia, porque el radio constitucional comprendía doce leguas, y mientras llegaba el momento de obrar, no debía franquearse el límite legal; pero la imprudencia era debida al error de un comisario de guerra que, conociendo la ley, la infringió. A esta enojosa circunstancia agregáronse otras: las tropas, al ver la dirección que se las hacía tomar, y sabiendo lo que pasaba en el interior, no dudaron que se las encaminaba contra los Consejos; los oficiales y soldados decían por el camino que iban á hacer entrar en razón á los aristócratas de París, y Hoche, por su parte, hablábase limitado á decir al ministro de la Guerra que iba á emprender un movimiento general de tropas sobre Brest para llevar á cabo la expedición de Irlanda. Todas estas circunstancias indicaban á los diversos partidos que iba á ocurrir algún acontecimiento decisivo. La oposición y los enemigos del gobierno redoblaban su actividad á fin de parar el golpe que les amenazaba; y el Directorio, por su parte, no descuidó nada para apresurar la ejecución de sus proyectos, asegurando la victoria.

## CAPÍTULO X

Concentración de tropas alrededor de París.—Cambios en el ministerio.—Preparativos de la oposición y de los clichinos contra el Directorio.—Lucha de los Consejos con el Directorio.—Proyecto de ley sobre la guardia nacional.—Ley contra las sociedades políticas.—Fiesta en el ejército de Italia.—Manifestaciones políticas.—Augereau se pone á la cabeza de las fuerzas de París.—Negociaciones para la paz con el emperador.—Conferencias de Lila con Inglaterra.—Quejas de los Consejos sobre la marcha de las tropas.—Mensaje enérgico del Directorio sobre este punto.—Divisiones en el partido de la oposición.—Influencia de madama Stael.—Tentativa infructuosa de reconciliación.—Respuesta de los Consejos al mensaje del Directorio.—Plan definitivo del Directorio contra la mayoría de los Consejos.—Golpe de Estado del 18 fructidor.—Invasión de los Consejos por la fuerza armada.—Deportación de cincuenta y tres diputados, dos directores y otros ciudadanos.—Vuelven á ponerse en vigor diversas leyes revolucionarias.—Consecuencias de esta revolución.

La noticia de la llegada de los cazadores de Richepanse y los detalles de su marcha y de sus propósitos llegaron á conocimiento del ministro Petiet el 28 mesidor, el mismo día en que se efectuó el cambio de ministros. Petiet dió aviso á Carnot; y en el momento en que los diputados habían acudido en tropel para exhalar su resentimiento contra la mayoría directorial y manifestar sus quejas á los ministros en desgracia, supieron también la marcha de las tropas. Carnot dijo que el Directorio no había dado orden alguna, que él supiese; que tal vez los otros tres directores habrían tenido una deliberación particular, pero que entonces debía hallarse en el registro secreto; que se aseguraría de ello, y que era preciso no descubrir el hecho hasta haber reconocido si existían órdenes. Sin embargo, era tal la irritación, que no se guardó ningún miramiento.

La cesación de los ministros, la marcha de las tropas y el nombramiento de Hoche en reemplazo de Petiet, no dejaron duda alguna de las intenciones del Directorio. Se declaró que sin duda quería éste atentar contra la inviolabilidad de los Consejos, hacer otro 31 de mayo y proscribir á los diputados fieles á la Constitución. Reuniéronse en casa de Tronçon-Ducoudray, que era uno de los más influyentes en los Ancianos. Los clichinos, según acostumbraban los partidos extremados, habían visto con placer burladas las esperanzas de los moderados, esto es, de los constitucionales, y frustrado su proyecto de formar un ministerio á su gusto. Contemplábanles como engañados por Barras y se reían de la burla; pero, sin embargo, vieron un inminente peligro al saber que se adelantaban tropas. Pichegrú y Villot, sabiendo que se hallaban reunidos en casa de Tronçon-Ducoudray para conferenciar sobre los acontecimientos, pasaron á ella, no obstante que la reunión se componía de hombres de otras ideas. Pichegrú no tenía aún en su mano ningún recurso verdadero, pues el único con que contaba era con las pasiones de los partidos, y era menester presentarse donde ellas se pronunciaban, fuese para observar, fuese para obrar alguna cosa. Hallábanse en esta reunión Portalis, Tronçon-Ducoudray, Lacuée, Dumás, Simeón, Doucet-Pontecoulant, Thibaudeau, Villaret-Joyeuse, Villot y Pichegrú. Alentáronse mutuamente, como era natural;

hablaron de los intentos del Directorio, citaron expresiones de Rewbell, Larevelliere y Barras, que anunciaban tener plan acordado, y dedujeron del cambio de ministerio y de la marcha de las tropas que el plan era un golpe de Estado contra el cuerpo legislativo. Propusieron las más violentas resoluciones, como suspender al Directorio, formarle causa y aun ponerle fuera de la ley; pero para llevar á efecto todo esto, se necesitaba una fuerza, y Thibaudeau, que no participaba del general impulso, preguntó que de dónde se sacaría. Le respondieron que tenían los mil doscientos granaderos del cuerpo legislativo, parte del 21.º regimiento de dragones, mandado por Malo, y la guardia nacional de París; que mientras se reorganizaba esta última, podían enviar á cada barrio de la capital destacamentos de granaderos para reunir á los ciudadanos que se habían armado en vendimiario. Hablaron largamente sin lograr avenirse, como sucede siempre que no hay verdaderos medios. Pichegrú, indiferente y distraído como acostumbraba, hizo algunas observaciones sobre lo insuficiente y arriesgado de los medios propuestos, contrastando su serenidad con el general entusiasmo. Separáronse y volvieron á casa de Carnot y de los ministros depuestos, desaprobando todos los proyectos ideados contra el Directorio. Reuniéronse de nuevo en casa de Tronçon-Ducoudray; pero ya no asistieron allí Pichegrú y Villot. Entregáronse á los mismos desvaríos, y no atreviéndose á recurrir á medios violentos, se contentaron con apelar á los recursos constitucionales, prometiendo pedir la ley sobre responsabilidad ministerial y la pronta organización de la guardia nacional.

En Clichy se declamaba como en todas partes sin hacer nada de provecho; porque si bien había allí pasiones más violentas, tampoco acertaban con los medios. Se echaba especialmente de menos la policía, de la que acababa de separarse Cochón, y se reproducía uno de los proyectos favoritos de la facción, el de quitar la policía de París al Directorio y dársela al cuerpo legislativo, violentando el sentido de un artículo de la Constitución. Al mismo tiempo se proponían confiar la dirección de la policía á Cochón; pero el proyecto era tan osado que nadie se atrevió á hacerlo. Contentáronse con deliberar sobre la edad de Barras, que decían